

LA "CORTESANAE HONESTAE" EN LA ITALIA DEL RENACIMIENTO VENACIANO

Erika Bornay

Universidad de Barcelona

En la Italia de los siglos XV y XVI, especialmente en las ciudades de Roma y Venecia, se desarrolló lo que se puede definir como un fenómeno social y cultural al que me gustaría referirme en estas breves líneas. Se trata de la ascensión y expansión, dentro del área de las élites culturales y de las esferas de poder, de la conocida como *cortesanae honestae*. Elevada al nivel de amante y compañera refinada y culta de la sociedad masculina -*similar a las hetairas griegas*¹- aquellas cortesanas italianas del Renacimiento fueron las amigas íntimas de poetas, príncipes, embajadores y altos dignatarios eclesiásticos. Sus rostros, aunque no identificados como retratos pertenecientes a una persona concreta, fueron pintados en muchas ocasiones por los grandes maestros de su época: Tiziano, Tintoretto, Rafael o Palma el Vecchio.

Pietro Aretino, aquel antiacadémico escritor calificado por Ariosto de "*flagelo de príncipes*", y de quien su amigo Tiziano nos legó un espléndido retrato, dedicó una parte de su obra a informar de manera realista, no exenta de cinismo, sobre aquellas casi míticas cortesanas del Renacimiento (*Le cortigiane*, 1525 y *I ragionamenti*, 1536) y si bien su lectura es apasionante, no responde a la pregunta de por qué en un momento determinado de aquel fascinante período italiano, dentro del mundo de las mercenarias del amor se formó una élite de prostitutas que progresivamente fueron encarnando un ideal femenino y un concepto de belleza que llegaría a ser famoso.

En el Quattrocento las fuerzas sociales que aparecen como el motor de este fenómeno, parcialmente regenerado por el humanismo, convergen en la Roma finisecular. En aquella época la metrópoli del papado no sólo era una ciudad de hombres solteros, sino que además, la población masculina

excedía en mucho a la femenina. Probablemente esta circunstancia influyó de un modo u otro en el hecho de que la capital de la cristiandad casi pasara a ser la capital de la prostitución femenina. Altos dignatarios, embajadores, banqueros y cortesanos. Comerciantes, burócratas y oficiales. Toda una sociedad representante del poder y sus aledaños, trataba de conseguir los favores de la iglesia, formando una activa población, en gran parte flotante, que giraba en torno de una indulgente corte papal.



Giovanni Burchard, un cronista de la corte del Borgia Alejandro VI, parece que fue el primero en utilizar el término de *cortesanae honestae* para diferenciarlas de las prostitutas comunes. El meretricio se había extendido por Roma de forma considerada por muchos de altamente alarmante, pero de entre aquellas mujeres, mayoritariamente explotadas por los que recurrían a los placeres del deleite carnal, iba a surgir una aristocracia de cortesanas, sofisticadas y elegantes, no únicamente de apariencia y entorno², sino también de intelecto. Tal vez sea muy osado afirmar que se trataría de los primeros ejemplos de mujer moderna, emancipada del yugo matrimonial que consiguió una posición económica con una *-relativa-autonomía*. En todo caso, muchas de ellas *-no infrecuentemente bajo el consejo de su propia madre*³ - vieron las ventajas de prepararse para poder ser al mismo tiempo un hermoso *"objeto"* lujurioso y una compañía deseable para los miembros más poderosos de la sociedad. Durante los reinados de Alejandro VI, Julio II y León X, fue tal su importancia que Nicolo

Franco sugiere en su Epistola que aquellas cortesanas evocaban una nueva Edad de Oro recreando la atmósfera del mundo de la Antigüedad. Esto fue también posible, porque aquellos papas junto a su pasión por el arte y su reconocido hedonismo, no impusieron restricciones a la permisividad de la sociedad contribuyendo así a hacer de Roma el lugar más audaz y atractivo de la península italiana.

Ciertas de estas cortesanas recibían clases de humanistas y poetas y aprendían música y canto. Algunas, cuando salían a la calle para ir a la iglesia, llevaban consigo, de forma que fuera bien visible, algún volumen de Horacio, Ovidio o Boccaccio, según una costumbre adoptada por algunas damas cultas y honestas. Existe un famoso retrato en Florencia de Laura Battiferri, realizado por Bronzino, en el cual esta recatada poetisa aparece de riguroso perfil mostrando al espectador un libro de Petrarca abierto por una página que recoge un soneto a Laura. Pues bien, a imitación intencionada de esta y otras respetables figuras, la *cortesanae honestae*, estudiaba los clásicos y exhibía con orgullo, no exento de vanidad, sus conocimientos, un arma que, como hemos comentado, unía sabiamente a la seducción de sus atractivos físicos. Estas mujeres, anticipándose a la creación de los reputados círculos de cultura conducidos por las *salonnières* del siglo dieciocho francés¹, abrían cenáculos literarios en sus lujosas residencias (*a veces verdaderos palacios*) en donde no todo el mundo tenía acceso. Allí, los adolescentes y jóvenes aprendían buenas maneras y a mejorar la finura de su vocabulario y expresión oral. En realidad, era todo un curso de *bel parlare* y así debió entenderlo la conocida con el curioso nombre de *Matrema-non-vole* (*Mamá-no-lo-quiere*) que llegó a ser célebre por su afán en desarrollar e imponer estrictas reglas para embellecer la lengua toscana. (*Se afirma que como una mujer sabia avant la lettre podía recitar de memoria largos párrafos de Horacio, Virgilio o Petrarca*).

La prostituta sumptuosa era la equivalente veneciana de la *honestae* romana, según definición de Marin Sanudos. La ciudad de la laguna conoció en el siglo XVI una riqueza y una voluptuosidad visual y social inimaginables, a la que nos aproximan no sólo los textos escritos, sino también infinidad de grabados y las obras artísticas de su famosa escuela de pintores. Muchos de los nobles y ricos caballeros que viajaron a Italia, dejaron constancia en su correspondencia y diarios de viaje, la fascinación que les había

causado Venecia. No únicamente por su belleza y fastuosidad, sino también por su llamativa y extensa sociedad de cortesanas, protegidas por el estado y distribuidas en determinados espacios ciudadanos, algunos situados alrededor de Rialto. Si algunos censos estiman en diez o doce mil el número de ramerías existentes, Montaigne, en una visita a la Serenísima en la década de los años 1580, afirma, además, que entre ellas había alrededor de unas ciento cincuenta que "*vivían como princesas*". Por otra parte, el espacio público veneciano debió ofrecer sorprendentes contrastes, pues existía una tradición casi oriental, impuesta y aplicada con no poco zelo por sus habitantes masculinos, que prácticamente confinaba a la mujer en casa como si estuviese en una prisión, limitando sus salidas a los servicios religiosos y ocasionalmente a las visitas familiares. (*Todavía hoy en día, en algunos palacios venecianos se pueden contemplar las celosías de sus ventanas*).



La geografía urbana de la Italia de la época estaba en gran parte habitada sólo por los hombres. Era aquella una sociedad muy viril y agresiva, en cuyas calles fácilmente se sucedían trifulcas y desórdenes. Si era inconcebible -*en las contadas ocasiones en que las mujeres honestas salían de casa*- que estas llevasen un arma, no era así con los hombres quien la costumbre y la ley les permitía ir armados. Todos estos elementos ayudan a explicar el confinamiento de las mujeres respetables, aunque "*no así*

el de las prostitutas", afirmará el viajero Philip Skippon, quien añadirá que "*pocas mujeres pasan por las calles al lado de las ramera*s"⁵. Por otra parte, la identidad y la apariencia de las mujeres virtuosas, no era visible para los transeúntes, puesto que, según parece, iban cubiertas con velos de pies a cabeza. "*Me pregunto como pueden ver por donde andan*", escribirá en 1494 el comentarista Pietro Casola⁶.



Así pues, de todo ello podemos deducir que, en general, y en unos periodos más que otros, gran parte de las mujeres que transitaban por las calles venecianas eran meretrices y aunque por control social, una ley las confinaba a unos "*ghetos*", constantemente los traspasaban y trataban de colonizar nuevos espacios urbanos.

Veronica Franco junto con Gaspara Stampa, ambas cultas y refinadas, fueron las poetisas más importantes del Renacimiento. Veronica, la más famosa cortesana veneciana de la segunda mitad del siglo XVI, responde perfectamente al perfil de la honestae. Publicó diversas obras tanto en verso como en prosa y recurriendo a la fórmula de la biografía -en este caso la suya

como mujer pública- en sus escritos *Lettere familiari a diversi* hace una crítica de la doble moral de la sociedad veneciana y de la condición de la mujer en ella, defendiendo sus derechos y afirmando que muchas mujeres han tenido que acogerse a la prostitución por la injusticia social imperante (*Benedetto Croce publicó una edición de sus cartas en 1949*). En el Museo Correr de Venecia, existe un grabado de la Franco, suntuosamente vestida y tal vez es asimismo ella la seductora figura femenina que pintó Tintoretto, de quien la poetisa era amiga, y que podemos admirar en el Museo de Prado bajo el título *La dama que se descubre el seno*, el cuadro de mayor calidad de todos los que de "*venecianas*" posee el museo. Hay noticia, aunque no confirmada, de que Veronica, por su condición de literata, participó en los debates sobre los respectivos méritos de los artistas antiguos y modernos, de gran actualidad entonces en los medios artísticos de la República. Su renombre, tanto por sus finos saberes intelectuales como amatorios, fue tal que se extendió más allá de las aguas de la laguna, por lo que no tiene nada de sorprendente que cuando en 1574 Enrique III de Francia hizo una estancia en la Serenísima, reclamara su compañía.

Gaspara Stampa, "*la nueva Safo*", además de su calidad de poetisa, reconocida hoy en día como la mejor de su tiempo en Italia (*Veronica Franco es más narrativa y satírica*) era muy encomiada por su voz y su dominio del laud, así como por su belleza. Escribió unas conocidas rimas en las que elogia la libertad de Venecia y unos poemas amorosos que causaron la admiración de Rilke y d'Annunzio.



No fueron estas las únicas cortesanas literatas. Tullia d'Aragona se libró de la obligación de cubrirse con el velo amarillo que las leyes imponían llevar a las prostitutas, escribiendo con la ayuda de algunos de sus cultos amantes y protectores, un volumen de versos que regaló *-y fue aceptado con placer-* al duque de Ferrara.

El aspecto exterior de estas damas del amor, viene recogido anónimamente por los grandes maestros venecianos del momento. Las fuentes dejan entender que las modelos preferidas, sobre todo por el pintor Veronés para la representación de imágenes femeninas, eran las mujeres libres, para quien posar era un medio digno de ganarse la vida y ninguna regla social se lo impedía, al contrario que las mujeres virtuosas. En algunas obras se las puede reconocer en primer lugar por llevar un velo amarillo y por la ausencia de joyas⁷, ausencia esta muy delatora sobre la condición de la retratada puesto que ello contrastaba con la suntuosidad del vestido cuya riqueza, y según la moda de la época, exigía el adorno complementario de unas joyas, como se puede observar en todos los retratos de las damas de la aristocracia.



Otra singularidad de su atuendo eran los elevados zuecos de hasta sesenta centímetros de altura e incluso más que calzaban aquellas mujeres, extravagancia de la moda que también fue adoptada por el resto de la sociedad femenina. Estos zoccoli eran de madera y estaban forrados de piel. Las mujeres colocaban dentro de ellos sus pies envueltos en medias y para salir a la calle tenían que requerir la ayuda de un par de sirvientes, una a cada lado, en cuyo hombro apoyarse, pues sin estas muletas humanas les hubiera sido imposible andar sin caerse.

Existían otros aspectos relacionados con la belleza de las cortesanas que compartían, asimismo, con el resto de mujeres respetables. Me refiero a su piel nacarada y a su larga y brillante cabellera de oro. Cesare Vecellio, además de haber recogido en una serie de grabados el vestuario y los ornamentos de la suntuosa sociedad de la época, nos proporciona una valiosísima información de la ceremonia que constituía para las mujeres el cuidado de sus cabellos, en particular para las que no los tenían rubios y se veían obligadas a recurrir a los tintes. Vecellio ejecutó varias estampas de su figura subida a la azotea de la casa, entregada con todo empeño a la tarea de conseguir con las pócimas una de aquellas doradas cabelleras que harían famosa la imagen de las venecianas del Renacimiento. Del mito de su hermosura aérea nos han dejado testimonio, como ya hemos indicado, los cuadros de Tiziano, Tintoretto y Veronés, sin olvidar las marmóreas figuras de Palma el Vecchio.

BIBLIOGRAFÍA

- Barzaghi, A. *Donne o cortigiane? La prostituzione a Venezia. Documenti di costume dal XVI al XVII secolo*. Verona, 1980.
- Brown, J. C. & Davis, R. C. (ed.) *Gender and society in Renaissance Italy*. Londres y New York, 1998.
- Franco, V. (Ed. por B. Croce) *Lettere familiari a diversi*. Bari, 1949
- Habert, J. Véronèse. *Une dame vénitienne dite la Belle Nani*. Paris, 1996
- Niccoli, O. (ed.) *La mujer del Renacimiento*. Madrid. 1991.
- Rosenthal, D. *The Honest Courtesan. Veronica Franco. Citizen and Writer in Sixteenth-Century Venice*. Chicago - Londres, 1992.
- Salza, A. (ed.) *Le rime di Gaspara Stampa e Veronica Franco*. Roma, 1913

NOTAS

1. Los ejemplos los tenemos en la cortesana griega Aspasia, consejera y amante de Pericles, mujer de gran belleza y fino espíritu, o en Leontión, la compañera de Epicuro quien rivalizaba con Teofrasto en conocimiento filosóficos.
2. Más de una meretriz llegó a un extremo tal de sofisticación y esnobismo que, como escribe Mújica Láinez en su obra Bomarzo "no toleraba que ningún hombre se le acercase sino lo hacia de rodillas, para lo cual su casa estaba sembrada de almohadones"
3. La poetisa Veronica Franco fue instruída cuidadosamente por la suya para llegar a ser una culta meretriz, el mismo oficio al que su madre se había dedicado en su juventud.
4. En su sentido estricto y "oficial", dos damas de máxima importancia del Renacimiento aparecen como verdaderas precursoras de los salones franceses: Isabel de Este (1474-1539), marquesa de Mantua, y su cuñada Isabel Gonzaga (1471-1526), duquesa de Urbino.
5. En A. & J. Churchill (ed.) *Voyages*. Londres, 1746, vol. 6, p. 533.
6. *Viaggio di Pietro Casola a Gerusalemme*. Milán, 1855, p. 15
7. Los decretos sobre leyes suntuarias eran frecuentes en el pasado y estos afectaban y de manera particular a las prostitutas. Sin embargo debemos tener en cuenta que, como sucede a menudo, la exigencia del cumplimiento de estas leyes era severa al principio, pero con el paso del tiempo iba relajándose progresivamente hasta quedar en muchas ocasiones en el olvido. Por ello no podemos descartar, sin caer en una falta de rigor, que la imagen de una bella desconocida veneciana asomando por un lienzo embellecida con ricas joyas, no pertenezca, asimismo, a la de una cortesana de la época.